

B U D A

Los Vedas se esfumaron en su ambiente de poesía; los bramanes redujeron el ancho campo de las visiones poéticas al círculo estrecho de sus veleidosas preocupaciones; los budistas ocultaron el fuego sagrado detrás de la extraña floración de una moral que es mezcla de todo y en donde han dejado su rastro muchas manos más o menos discretas, más o menos sabias.

La falda del Himalaya fué la cuna de Buda; Sakia-Muni fué su nombre de ermitaño; «Sabio alumbrado» fué su título de honor y su distintivo consagrado por la leyenda; el nombre de su padre Sudodana era «Alimento puro, y el de su madre Mayadevi, «Ilusión divina»; «Lalita-Vistara» es el libro sánscrito de fecha y autor desconocidos que narra sus dos vidas: la primera que se descompone en otras quinientas cincuenta, y la segunda en que se convierte en nuestro Buda.

Doce años tardó en deliberar con los hijos de los dioses en su morada celeste el tiempo de su nacimiento; y, dejado como sustituto suyo en el cielo a su compañero Maitreya, en una carroza tirada por millones de dioses y escoltado por turbas innumerables de divinidades celestes, llegó al mundo haciéndole temblar a su contacto, e iluminando, por decirlo así, las pupilas de las estrellas, para que la naturaleza entera le mirase arrobada con sus ojos de luz.

Mayadevi, semejante a una diosa, esposa de Sudodana, retirada en la espesura de los bosques, vestida con girones de la mar, en un lecho de pedrería y flores y en plena primavera, el día quince de la luna sintió al «Bodisattva» descender del cielo y entrar en su seno en figura de elefantito blanco con seis colmillos, la cabeza hecha un carmín de encendida, los dientes como una línea de oro y todos sus miembros como los de un dios. Avisa al rey. El acude; ella le cuenta el sueño, y los bramanes rodean a los dos esposos, y aun los dioses bajan de lo alto para ofrecerle sus palacios.

A los diez meses, y en el jardín del magnífico palacio de la reina, y como prenuncio del nacimiento de Buda, todas las flores entreabrieron sus cálices sin desplegarlos del todo; veinte mil tesoros que-

daron visibles; quinientos elefantes blancos acudieron a besar los pies del rey con la punta de sus trompas; quinientos leones blancos le rodearon con halagos; diez mil doncellas, hijas de los dioses, con abanicos de cola de pavo real en las manos aparecieron inmóviles en la extensión de los cielos; la luna, el sol, los carros celestes, los planetas, las innumerables estrellas detuvieron de repente su curso; cesaron las voces de las cornejas, lechuzas, buitres, lobos y chacales, oyéndose en su lugar los más apacibles sonidos; todas las calles, plazas, mercados, encrucijadas, resplandecieron cubiertas de flores... y en medio de ellas y en un carro triunfal, adelantóse la reina precedida de ochenta y cuatro mil coches tirados por elefantes y otros tantos soldados, de sesenta mil mujeres, de sesenta mil cantores y tocadores de instrumentos, de cuatrocientas mil doncellas en cinco grupos de a ochenta y cuatro mil que cantaban melodiosas endechas, y de cuarenta mil parientes del rey. Y las flores inclinan a su paso los flexibles tallos, y los árboles le ofrecen sazonados los frutos fuera de estación; y ella rodeada de tropas innumerables de jóvenes doncellas divinas y humanas, va de árbol en árbol hasta llegar al «Plakcha» cargado de piedras preciosas y joyeles finísimos desde la raíz a las hojas, y asiendo una rama y mirando al cielo y entreabriendo la boca queda inmóvil y estática. Acuden sesenta mil dioses para atenderla y servirla; y del costado derecho brota como del tallo una flor, Buda, hermoso, limpio y resplandeciente. El niño es arrebatado a los cielos y al mundo de Brama; y vió desde allí los tres mil millares de mundos con sus reinos y provincias y ciudades; y puso luego un pie en tierra, y sin ser de nadie sostenido, vuelta la cara al Oriente dió siete pasos y dijo: Yo voy a la cabeza de todas leyes que tienen por fundamento la virtud. Vuelto al Mediodía y caminados otros siete pasos dijo: Yo mereceré las ofrendas de los dioses y de los hombres. Contra la región occidental dió siete pasos diciendo: En el mundo yo soy el más excelente, soy el mejor; y este es mi postrer nacimiento y acabaré con todos los nacimientos y con las enfermedades y con la muerte. Y volvió el rostro al Septentrión y caminando siete pasos dijo: Yo seré sin igual entre los seres. Tornóse a la región inferior y después de los siete pasos dijo: Yo destruiré al demonio y su ejército, yo pondré fin al fuego del infierno, yo derramaré la lluvia de la ley sobre sus moradores y los henchiré de alegría. Miró a la región superior y andados los siete pasos dijo mirando arriba: En lo alto seré yo visible a todos los seres. Y a cada paso que daba, le hacía sombra un ancho quitasol blanco, sin manos que

lo sustentasen, y donde quiera que ponía los pies nacían lotos en abundancia.

En acabando de pronunciar las últimas palabras, los tres mil millares de mundos le hicieron salva aclamándole por Buda y a esta aclamación viéronse prodigios sin cuento.

Todos esos sueños de hermosas fantasías, son, si se quiere, un conjunto de absurdos e incongruencias; pero en el fondo, como el perfume de tantas flores de mágina floración, se adivina un cariño y una ternura, un encanto de amor tan ingenuo, tan ideal y tan delicado, que la belleza brilla a través del desorden de la fantasía del absurdo y de la desproporción.

Es que la naturaleza es siempre bella cuando la fecunda el amor.

Pero no siempre en tan arbitraria historia es el amor la fuente dulce de las ideas; cede no pocas veces su lugar al ingenio y surge entonces la sisonancia y se rompe la unidad de impresión en la necesaria armonía de lo bello.

Al séptimo día del parto, murió Maya súbitamente y la orfandad de Buda señala el nudo de ese extraño poema personal.

Un Richi sapientísimo llamado «Asita», poseedor de las cinco ciencias superiores, y expectador de los prodigios extraordinarios que habían concurrido al nacimiento de Buda, observando como los hijos de los dioses volaban por el firmamento agitando sus vestiduras y aclamando el nombre de Buda por una y otra parte, dijo para sí: Yo quiero ver esto. Y levantándose por los aires como un águila, vuela hasta Kapilavastu y llama a la puerta del palacio. El niño dormía; pero el Richi exclamó: Un Genio maravilloso acaba de venir al mundo...; y dicho esto, bajó los ojos bañados en lágrimas y dió un hondo suspiro. Las señales de la predestinación del recién nacido, que añade el Richi son lamentables en el orden estético. «El tiene la cabeza coronada por una protuberancia del cráneo; tiene ruedas bajo los pies; tiene lana entre las cejas; tiene las pestañas como la ternera; tiene las uñas encorvadas, el talón ancho, el paso lento del elefante, la pausa del ganso...»

Y luego se inicia el desarrollo del nudo. Será un Rey o será un Buda?

Ochenta mil doncellas le servían. Va un día al templo en una carroza tirada por cien mil dioses, y no bien pone los pies en el templo, las estatuas todas se levantan a saludarle. Crece el niño, y diez mil mujeres y diez mil niños le llevan a la escuela de escribir, dando pruebas maravillosas de su ciencia innata explicando sesenta y cua-

tro especies de escritura que el maestro no sabía. Sentado un día a la sombra de un árbol, llegó hasta la cuarta contemplación y cinco ermitaños que hacían por los aires un viaje mágico, al pasar por donde él estaba sentado fueron arrojados al espacio como hojas secas esparcidas por el huracán.

Todo esto le envolvía en la tentación de la grandeza y le debía sumir en el sueño de todas las ambiciones. La tentación no podía menos de arrebatarse por unos momentos. Quinientos Sakias reunidos en consejo de familia, determinan buscar una esposa digna de él que le hiciese amable la fascinación de la realeza tentadora que le envolvía. Participan al joven su resolución, y él pide siete días de tiempo. Al espirar el plazo, entrega a su padre una larga lista en verso indicando las cualidades que deberán adornar a su esposa. Hallólas un bramán reunidas todas en la persona de Gopa hija del Saki Dandapani; pero Gopa había de ser el premio de la lid en la competencia de los amantes.

Entra en la prueba con diestros jóvenes, en certámenes de escritura, aritmética, pugilato, carrera, tiro, música, declamación, mímica, danza, magia, adivinación, estimulándole el rey su padre a lograr la gloria del vencedor. Uno de sus rivales mató un elefante con la palma de la mano, pero él con el pulgar del pie lo arrojó al otro extremo de la ciudad. Inútil es declarar que Buda fué el vencedor.

Mas la íntima vocación de ser simplemente un sabio en la pobreza de su vida y en el éxtasis de la contemplación, turba el placer de todas sus grandezas. La felicidad material le causa tedio y sólo el deseo de aliviar y consolar a los que padecen le halaga y le convida. Los dioses le traen a la memoria la promesa de libertar el mundo del dolor y de la muerte; y él se ofrece a todos los sacrificios para cumplir su palabra santa. «No hay cosa en la tierra, (dice), que sea estable. La vida es como la centella producida por el frotamiento de dos maderos, se enciende y luego se apaga; no sabemos de dónde viene ni adónde va. Debe de haber una ciencia superior a todas las ciencias cuya posesión sea nuestro descanso. Si yo la lograra, podría comunicar a los hombres la luz. Si fuera yo libre, podría librar al mundo». Y el corazón se le cargaba de melancolía al sentirse invadir por el atractivo de sus lejanos sueños.

Entonces entra acción la violencia. Para prevenir la partida de su casa, de su esposa y de sus regalos, búscanle maestros que le enseñen ciencias y artes extraordinarias; fábricale su padre el rey tres palacios, para invierno, verano y tiempo lluvioso, resplandecientes de

magnificencia; extiende a sus pies vastos jardines y bosquecillos llenos de todo cuanto el deseo puede apetecer y apartados de toda ocasión de que puedan en el espejo de sus maravillas reproducir la imagen de la pobreza, de la enfermedad o de la vejez. Pero ni las flores, ni las aves, ni las mujeres que le rendían las delicadezas de sus cuidados y de su amor, podían serenar aquella frente ávida de ciencia, ni calmar aquel corazón ávido del amor a la humanidad.

Un día, saliendo con gran pompa por la puerta oriental de la ciudad, se le ofreció al paso un mendigo anciano, apoyado en un bastón, tembloroso y cubierto de las arrugas de la vejez. Era tal vez un deva bajado de las nubes en semejante figura para enseñar al príncipe las miserias humanas que quería ocultarle el rey. Eran las ruinas de su ideal palpitando dolorosamente en la carne herida de un hermano.

—¿Quién es ese hombre descarnado y sin fuerzas?—preguntó el príncipe.

—Este hombre está consumido por la vejez y los de su familia lo han echado de sí. Este hombre vive sin defensa como los troncos del bosque.

—Vuelve atrás, compañero; tornemos a la ciudad. Gran desdicha es para la criatura ignorante y flaca no saber en la juventud ignorante e inconsiderada lo que es la ancianidad.

Y tornó a su palacio.

En otra ocasión salía por la puerta del mediodía para ir al jardín, cuando reparó en un enfermo abrasado por la calentura y tan flaco que apenas podía respirar.

—¿Quién es ese hombre seco y escuálido que apenas puede entreabrir los labios pálidos al aire vivificador?

—Este, señor, ha llegado al umbral de la muerte y es un desventurado sin protección y sin abrigo.

—¡Luego la salud es ilusión de uno que sueña!... ¿Qué hombre cuerdo podrá tener estima de la dicha y del placer?

Y tornóse a la ciudad.

Encaminábase un día por la puerta occidental al edén de sus jardines, y vió que llevaban en un palanquín un cadáver cubierto con un paño fúnebre rodeado de parientes que le seguían llorando, suelto el cabello y la cabeza llena de polvo.

—¿Quién es ese hombre que llevan tendido en este palanquín?

—Señor, ese hombre ya no verá a sus padres, a sus hijos y a su esposa; dejó sus bienes, casa, parientes y amigos y se fué al otro mundo.

—¡Ay de la juventud marchita por los años! ¡Ay de la vida que

tan breve tiempo dura! ¡Ay de las delicias del placer que seducen el corazón del sabio! ¡Ojalá no hubiese vejez, ni dolencias, que andan tan unidas entre sí!... Yo quiero vencerlas.

Finalmente, cuando salía por la puerta septentrional de la ciudad encaminándose a su palacio, se presentó la figura de un ermitaño manso, pacífico, circunspecto, agradable a la vista, de voz mesurada y paso grave, que llevaba la vasija de barro del mendigo y el hábito del monje que va de camino.

—¿Quién es ese hombre modesto y recogido que con tanto sosiego y mesura lleva la vasija de sus limosnas sin altivez ni desdén?

—Señor, este hombre es de los que llaman Biksúes (mendigos), y repudiando los goces del deseo se hizo mendigo errante, y sin afectación ni desdén va pidiendo limosna.

—Bueno es eso; muy bien me parece. La vida retirada ha sido cosa bien vista de los sabios; vida provechosa para sí y para los demás; vida feliz llena de mansedumbre y del fruto de sus obras.

Y sin pasar adelante volvió a la ciudad. Se despide de su padre el rey y de sus mujeres; pide a su escudero el mejor caballo bien enjaezado; y los dioses que esperaban en el aire el feliz suceso de ese combate interior, arrojaron un diluvio de flores diciendo a voces: —¡Vítor, Vítor al que posee la más alta inteligencia; a ti que das al mundo seguridad!—Y después, envían a la ciudad un sueño profundo, y Buda acompañado de su escudero atraviesa sin ser visto las puertas entre los guardas dormidos, y monta en su corcel y corre toda la noche a galope hasta que despuntando la aurora se apea y despide de la multitud de dioses que le acompañaban; dice adiós a su escudero entregándole galas y caballo; córtase con la espada los cabellos y arrójalos al viento; y como desease mudarse los vestidos en otros rojizos, se le aparece el hijo de un dios en figura de cazador presentándole la ropa característica del sabio que lo deja todo para encontrar en el fondo de la contemplación el secreto de la verdad. Y el cielo se estremeció de alegría y se oyen cantos arrobadores en el espacio, en tanto que el palacio y la ciudad resonaban con los clamores de los guerreros y el lamento de las mujeres.

Mendigo ya, pálido y enflaquecido, pero sabio, fuése a bañar un día en el río Nairanjana. Mientras estaba en el baño, los hijos de los dioses a cientos de miles llenaban el río de ungüentos y polvos de sándalo y áloes, y echaban al agua flores divinas de vario color.

Estos episodios intercalados son un momento de sol en un día de sombras extrañas.

En cuanto a la estética de su doctrina y del modo de expresarla, el lector juzgará.

Vamos a consignarla tal como la hallamos en el sabio orientalista Laouenán.

«La primera verdad sea el estado universal de pobreza.

»La segunda es el camino de la salvación.

»La tercera la tentación y la seducción que en ese camino se halla.

»La cuarta, la manera de combatirlas y vencerlas.

»En todo el discurso de la vida no hay rato de placer que se iguale a la verdad. Por esto llamo yo al mundo, miserable.

»Considerad las cuatro condiciones del hombre: trabajos en su nacimiento; curso penoso de la vida hasta la vejez; aflicción en las enfermedades, y amargura de la muerte.

»¿Qué de dolores no padece el hombre al nacer, saliendo trabajosamente como de un horno ardiendo? Momento de trabajo indecible, en que está privado de sentidos y acosado de dolores agudos.

»Atended luego al estado miserable del hombre en el transcurso de su vida; sécasele la piel y se torna cual viejo pergamino; la carne de los huesos se le merma y pierde su fluidez; la estatura erguida del cuerpo se encorva; la vista se esfuma y el oído se hace duro y no percibe el son de la trompa; pierde la boca la dentadura y el olfato se desvanece. La flaqueza de fuerzas corporales pide bastón por apoyo; las potencias del alma se llenan de distracción y olvido, desapareciendo el fin del todo.

»Después, atended que cuantas dolencias acometen al hombre en la vida, dan lugar a muchas consideraciones. El número de enfermedades asciende a cuatrocientas ochenta.

»¡Y qué miseria ver las fuerzas menoscabarse! El hombre inhábil para levantarse por sí mismo y obligado a estar en cama, no goza de sosiego; ya parécele que el corazón le sube a la garganta, ya que tiene el interior del cuerpo henchido de viento, ya la noche se le hace más larga que el día, y el día largo como el mes. Los alimentos más exquisitos se le antojan del sabor de palo, y las almohadas más blandas le son espinas; el blanco de los ojos se le pone amarillo y lo encarnado de la piel y de la sangre se le vuelve de color amoratado. En su interior empieza a tornarse enemigo de sí propio; el sentimiento de su miseria le acrecienta la aflicción, y desmaya, y exclama: ¡Ay! ¿cuándo me veré libre de tantos males?

»Mirad al hombre acosado de dolores inauditos y tendido como un pez en la ardiente arena fuera del agua.

»Y la miseria crece con la cercanía de la muerte. Entonces, rodeado de parientes y amigos que lloran y se lamentan oprimidos de dolor, el cuerpo echado como una montaña hundida, la imaginación devanea semejante a la llama agitada por el viento y no puede ordenar las terribles imágenes que se le ponen delante.

»Las fuerzas que le faltan por momentos, se asemejan a la arena arrebatada por las olas.

»La vida interna se desvanece como el humo; el fuego vital se apaga; el calor se concentra en el corazón; el temperamento, antes tan fogoso, se parece al brillo pálido de la luciérnaga que muere. Todo el vigor intelectual se resuelve en la materia y se evapora; su vida se va semejando a la llama privada del aire exterior.

»Esa vida que se va se transfigura como la sombra cuando la luna luce en un cielo clarísimo.

»La potencia sensitiva se extingue en el vacío. Es como el rayo de sol furtivo que vuelve a ser un punto apenas luminoso ofuscado por las nubes...»

Ya anciano el mendigo, el legislador y el filósofo, hubo un día de atravesar el Ganges, y subiendo a una piedra que la fama ha conservado, vueltos los ojos a la ciudad de Rajagriva de donde acababa de salir, con gran sentimiento dijo: «No te volveré a ver». Y así fué.

Oigamos sus últimas palabras. Ellas encierran todo el ideal filosófico de su vida. «Trabajad con diligencia en vuestra liberación. Yo al Nirvana me voy; mis mandamientos os dejo. El cuerpo del que todo lo sabe se disuelve, mas las tres piedras preciosas, la ley, la moral y la comunidad, permanecen eternamente».

Envolvieron el cadáver en un lienzo finísimo de muchos dobleces, y envuelto, lo colocaron dentro de una caja de metal llena de ungüento precioso.

Llevado en hombros de reyes, con infinito acompañamiento de magnates y sacerdotes, lo condujeron a Kosala.

El fuego en que debía consumirse no lo tocaba. Ardió, por fin, por sí mismo. Pero su figura se ha perpetuado viva en su inmovilidad, fecunda en su esterilidad, fantásticamente luminosa en las sombras de su nada; y de su deformidad moral y física e intelectual se han engendrado las producciones que nos atraen y nos repelen, porque son la mentira, la fealdad y la locura orladas con líneas de oro y de luz prestadas por el sol del Oriente, viejo fascinador de las almas soñadoras amantes de lo bello, del sentimiento y del color.

LUIS FELIÚ, S. J.